



Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María

**INICIO DEL JUBILEO A LOS 150 AÑOS DE LA FUNDACIÓN DE LA
CONGREGACIÓN DE LAS HIJAS DE JESÚS**

1. En la tensión de la doble herencia: De Adán a Cristo

Para comprender mejor lo que significa hoy para nosotros la Inmaculada Concepción de la Virgen María vamos a poner en relación el inicio de los diálogos de Dios con Adán y del ángel Gabriel con María.

Recordemos los textos:

Del Gen: “Después de comer Adán del árbol, el Señor Dios lo llamó y le dijo: `¿Dónde estás?’. Él contestó: `Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo, porque estaba desnudo, y me escondí’”.

Del Evangelio de Lucas: “El ángel Gabriel fue enviado por Dios... a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María”.

“El ángel, entrando en su presencia, dijo: `Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo’”.

El contraste de los mensajes es claro:

Dios interroga a Adán sobre su situación de desobediencia. Y Adán se reconoce desnudo, con miedo y escondido de Dios.

María es invitada a alegrarse, porque el Señor está con ella y la llena de gracia.

María es la primera descendiente de Adán y Eva a la que Dios ha vestido con la plenitud de su gracia, y que puede estar con alegría y sin miedo en la presencia de Dios. Más aun, es la elegida como esposa del Espíritu Santo para ser la madre virgen del santo Hijo de Dios. Es hecha miembro de la íntima familia de Dios.

Quienes hoy celebramos esta fiesta estamos ya viviendo en la plenitud del tiempo y confesamos que Dios ha enviado a su Hijo, nacido de la inmaculada virgen María, para rescatarnos de la esclavitud heredada de Adán y Eva, y hacernos participar de la condición de hijos adoptivos de Dios, por la gracia del Espíritu de su Hijo



Jesucristo, que el mismo Padre ha enviado a nuestros corazones, y que nos hace clamar ¡Abba, Padre! (Cfr. Gal 4,6).

2. ¿Cómo sentimos la tensión y el paso de Adán a Cristo?

Todos nos sentimos con frecuencia **desnudos, con miedo y a escondidas de Dios**. Y padecemos a diario lo que significa tener muy poca fe, una esperanza demasiado vacilante, un amor muy frío. Nos causan honda insatisfacción los impulsos para hacer el bien que reprimimos, las promesas que no cumplimos, las actitudes de indiferencia que nos conducen al aislamiento y nos encierran en nuestros egoísmos y exclusivos intereses.

Ninguno de nosotros puede negar que en su vida estén presentes semejantes tensiones y rupturas, y la impotencia para hacer el bien en el grado deseado. En ocasiones desearíamos perdonar, pero sólo lo hacemos externamente. Desearíamos tener paciencia, pero el genio no nos deja. Desearíamos tener valor, y nos plegamos cobardemente a las circunstancias. Desearíamos ser realmente desinteresados, y no dejamos de pensar en nosotros mismos. Queremos ver, y permanecemos ciegos. Queremos caminar, y nos sentimos paralizados. Queremos escuchar, pero nos hacemos los sordos. Asumimos el ideal de la santidad y de la perfección del amor, y nos quedamos a medias. Queremos seguir las huellas de Jesús y le damos un **“sí pero no”**.

3. ¿Es posible el “sí” pleno y perfecto?

¿Era posible a María responder con un “sí a medias” a la llamada de Dios a ser la Madre del Redentor? ¿Era posible que el “hágase en mí” fuera pronunciado por María con condiciones, a semejanza de nuestra habitual manera de ser y actuar?

La respuesta se halla en la esperanza, expresada en el Antiguo Testamento, acerca del “Resto santo” que cumple la voluntad de Dios. Ese “Resto santo” es la hija de Sión, que se identifica con María. La Alianza de Yahvé con Israel no es un fracaso, sino que hace posible la fidelidad a la Ley divina y el “sí” de María a la voluntad de Dios, del que Lucas da testimonio en la escena de la Anunciación. Y en esa escena, María dice: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”.

La Sagrada Escritura habla de manera incesante del “Resto santo”, que hace posible la venida del Redentor. Por ello los Padres de la Iglesia del siglo II comenzaron ya a designar a María como la “nueva Eva” y expresaron con esta imagen la absoluta fidelidad de María a la voluntad de Dios. La total carencia de pecado no separa a María de la historia de Dios con Israel. María se encuentra dentro de la historia salvífica de



Israel. Ella es el “Resto santo”, en el cual la “Antigua Alianza” llega, a pesar de todo, a su plenitud. Y en el seno de ese “Resto santo” recibe María la plenitud de la gracia que le hizo posible pronunciar un “sí” perfecto e inmaculado a la voluntad de Dios, sin resistencia ni condición alguna.

María es enteramente obra del Señor y es totalmente santa por su fidelidad personal a Dios. Aunque la fidelidad a la Alianza es un don gratuito de Dios, él quiere que su pueblo fiel sea un sujeto activo. El Dios que se hace hombre quiere el libre y total “sí” de la virgen madre y el “sí” libre y total de todos nosotros.

4. ¿Cómo nos ayuda la santidad inmaculada de María a decir este “sí” en la vida diaria?

El “sí” perfecto de María restaura las consecuencias del “no” de Eva para todos sus descendientes. En la escena de la Anunciación María da un “sí”, en nombre y representación de todos nosotros, a la salvación que Dios nos ofrece en su Hijo. María nos abre la puerta a su hijo, el Redentor y es así, no sólo su madre, sino también imagen de la Iglesia.

Sin embargo, ¿no es María una privilegiada, una preferida, a diferencia de todos nosotros? Sí, es cierto: a diferencia de María, nosotros mismos estamos marcados por el pecado, llevamos inherente en nosotros la escisión entre lo que debemos ser y lo que hacemos, una escisión que se va haciendo más profunda por cada pecado añadido.

Pero no es menos cierto que María recibe la gracia plena no solo para sí misma sino para los demás. María es la Madre de Jesucristo para nosotros. Y recibimos la gracia de su Hijo para vivir en el seguimiento de su “sí”.

5. La santísima Virgen Inmaculada y Santa Cándida María de Jesús os acompañan y alientan en vuestro camino de perfección en este Año Jubilar

Las “*Hijas de Jesús*” le daréis el “sí” de forma efectiva si, con ocasión de este Jubileo, seguís con más decisión el testimonio de vida de Santa Cándida María de Jesús y asumís con renovado aliento el carisma fundacional.

La Madre Cándida estuvo invadida por la experiencia del amor a Dios y al prójimo, y por el seguimiento e imitación de Jesucristo, a quien consagró su vida.



Siendo niña, manifestó ya una fina sensibilidad para atender a necesidades concretas de los pobres y por hacer la voluntad de Dios. Y en su oración en la Iglesia de Santa María, de su parroquia de Tolosa, terminaba diciendo ante la imagen de san Ignacio, representado con un libro en la mano: ***“Santo mío, quiero hacer lo que dice ese libro”***.

En el momento de la opción por su estado de vida reafirmó públicamente ante su familia la consagración ya personalmente realizada en privado: ***“Yo, sólo para Dios”***.

En esta entrega total a Dios estaban también incluidos los pobres, a los que atendió con gran dedicación, ya en su tiempo de criada en Burgos, no sólo con los bienes de sus generosos amos, sino también con su sueldo y sus prendas personales. Ante las quejas por las molestias que sus pobres causaban a los vecinos, respondió: ***“Donde no hay sitio para mis pobres, no hay sitio para mí”***.

En Valladolid, el día 2 de abril de 1869, Viernes Santo, Juana experimentó en la oración una llamada especial de Dios, que le manifestaba su voluntad en medio de una inmensa paz: ***Debía fundar una nueva congregación con el título de Hijas de Jesús, dedicada a la salvación de las almas, por medio de la educación e instrucción y de la niñez y juventud.***

Se trataba de un encargo de una aparente falta de cordura: ¿Cómo podía ser el instrumento para iniciar una obra educativa una criada de servicio analfabeta, que no sabía leer ni escribir y hablaba mal el castellano?

Juana Josefa asumió esta desproporcionada misión, desde la luz de la fe, con la decisión firme de hacer la voluntad de Dios, y con total confianza en su ayuda. Y la confianza en Dios le hizo confiar también en su capacidad para las tareas por él encomendadas. Ya entonces comenzó a cultivar la firme convicción que mantuvo a lo largo de su vida: ***“Sola nada, pero con Dios lo puedo todo”***.

Su amor a Jesucristo se manifestó en el incansable trabajo que desarrolló para la fundación de la Congregación, en las obras emprendidas para su consolidación y expansión, en la solicitud por el cuidado de las Hijas de Jesús y de sus obras educativas, así como en los sufrimientos para ello soportados. En cada ocasión de sufrimiento manifestaba su constante actitud: ***“La cruz está ahora aquí. Permanezcamos en ella”***.

En la serena paz de la imitación de Jesús repetía su experiencia: ***“Sin cruz no se va a ninguna parte. Vengan cruces y hágase la voluntad de Dios”***. Y, después de una enfermedad, escribió: ***“El poder de Dios es muy grande, pues a pesar de haber pasado una enfermedad tan larga y de sufrir tantos disgustos, todavía vivo, y vivo para padecer más y más por amor de mi amado Esposo Jesús, que mucho más sufrió por mi amor”***.



Carlos López Hernández

Y ante la llamada definitiva a la unión con Dios confesó: *“Cuarenta años llevo de vida religiosa y no recuerdo un solo momento que no haya sido para Él”*. Por ello afrontó su muerte *“tranquilísimamente tranquila”*.

La santísima Virgen María Inmaculada y Santa Cándida María de Jesús, su fiel discípula, os muestran el camino y os llevan de la mano y en el corazón, especialmente en este año jubilar, al encuentro con Cristo, Señor y Salvador, para que seáis y actuéis como verdaderas Hijas de Jesús. En comunión con Él podéis seguir creyendo, esperando, amando y sirviendo con alegría aún en medio de situaciones que os hagan necesario transformar vuestros planes de vida y de acción, como lo hicieron María y José. Entonces seréis personas del Adviento de Dios. Así seréis testigos del Reino de Dios, que llega a nosotros en Jesús, el Hijo de Dios nacido de la virgen María.

*Iglesia del Colegio Mayor Montellano
Salamanca, 8 de diciembre de 2020*